· PRIMERA PARTE ·

Verano de 1944

CAPÍTULO I

El miedo era hueco y estridente. Ancho. Intenso. Erizaba los sentidos. Era imposible aflojar la tensión del brazo mientras mi mano permanecía sumergida en el río para desafiar a la Rucha, la sirena fluvial que arrastraba a las profundidades a quienes miraban su reflejo en el agua las noches de luna llena. Tenía que estar preparada; el monstruo no tardaría en lanzar su ataque. Para nosotros, su abrazo era más temible y real que las enfermedades o las penurias. Y a pesar de ello, nuestro pasatiempo favorito era jugar a despertarla. A mi espalda, Tente y Andrés, tan desprotegidos como yo, vigilaban los árboles tratando de detectar sombras extrañas. Pero quien más me preocupaba era Pepe, mi hermano.

Aquella noche, la oscuridad del agua no resultaba tan amenazante como la que emanaba del bosque. Una semana antes, un joven cabrero apareció sin vida muy cerca de donde nos encontrábamos. El mismo día de su muerte, por la mañana, habíamos llegado a las manos por meterse con el Joaquín. Dar la cara por mi amigo me valió el enorme moratón del brazo. Me perturbaba que la marca de mi piel fuera la última prueba de que aquel pobre desgraciado había pasado por el mundo. Tenía la impronta de un difunto adherida al cuerpo, pensé con aprensión.

La Guardia Civil, sin embargo, no parecía preocupada. El suceso se afrontó con desgana, a pesar de que los dos hombres que encontraron el cuerpo aseguraban que el zagal tenía señales de dedos en el cuello. Y lo más inquietante: la cabeza adornada con flores. Un par de horas paseando arriba y abajo por la ribera fueron suficientes para que la Benemérita concluyera que había sido un accidente. En cuanto a las flores, estaban seguros de que

solo se trataba de una broma de mal gusto de algún malnacido que pasaba por allí. Nadie se iba a tomar más molestias por un cabrero pobre y analfabeto. La gente, incluida la familia, aceptó la versión oficial y guardó silencio. La palabra que nadie quería pronunciar —*asesinato*— habría levantado las heridas de un pasado que seguía en carne viva, por mucho que tratáramos de olvidar. Pero mis amigos y yo sabíamos la verdad: el temible Sacamantecas era el responsable de la desgracia.

Aunque todos se burlaban de nosotros por aquella afirmación que defendíamos con ferocidad, las madres y abuelas retomaron sus historias para que los niños no se aventurasen por el camino del río. Pero las advertencias no iban con Tente, ni con Andrés ni conmigo. Creíamos que si éramos capaces de burlar a la Rucha, también podríamos enfrentarnos con un tirachinas o a puñetazos con el mismísimo Sacamantecas. La dura lección que aprendí el verano en el que dije adiós a mi infancia fue que el verdadero peligro no estaba en el bosque ni en las criaturas de leyenda, sino en los depredadores de carne y hueso que, vestidos con piel de cordero, moraban a nuestro alrededor.

—¡Nana, vuelve! —lloraba mi hermano—. No quiero que la Rucha te lleve...

—Pepe, no seas llorica —replicó Tente.

Saqué la mano del agua, aliviada, y me dirigí hacia el hijo del panadero hecha una furia. A mis doce años, que me sacara una cabeza no me intimidaba.

—¿No ves que es pequeño, imbécil?

Me estiré cuanto pude para encarar al grandullón que había insultado a mi hermano. Me daba igual que, junto con Andrés, Tente fuera el único en desafiar las normas no escritas de los adultos, según las cuales los buenos chicos no debían juntarse con alguien como yo.

Abracé con mimo a Pepe y dejé que enterrara la cabeza en mi pecho.

—Tente, deja en paz al chavalín —oí que decía Andrés a mi espalda.

Su autoridad cayó como un jarro de agua fría sobre Tente, que puso mala cara. Andrés era un poco mayor que nosotros, casi un hombre. Pronto dejaría la escuela para ir al campamento de los carboneros. A veces me preguntaba por qué prefería pasar tiempo con Tente y conmigo en lugar de con chicos de su edad, que, cuando bajaban al río, no era para despertar a la Rucha, sino para fumar cigarrillos y beberse el aguardiente que robaban en casa. O para intentar ver algo debajo de las faldas de las chicas.

Tente comenzó a refunfuñar y pasó a nuestro lado sin mirarnos. Conforme ascendía y se adentraba entre los árboles para alcanzar el camino, sus pasos se hacían más lentos y vacilantes.

—¿Venís o qué, atontaos? —Su voz sonó más aguda de lo habitual.

—Será mejor que vayamos antes de que se cague de miedo —deslizó Andrés en mi oído.

Agarré a mi hermano de la mano y fui tras ellos. El ligero quejido de Pepe me alertó de que estaba ejerciendo demasiada presión sobre su manita. A mí tampoco me hacía gracia que nos acompañara en nuestras aventuras nocturnas. Pero allá donde iba yo, él venía conmigo. Si estábamos juntos, nada malo podía pasarle.

Cuando comenzamos a divisar las escasas luces del pueblo, Tente y Andrés ya habían hecho las paces. Caminaban unos pasos por delante, riendo y empujándose de vez en cuando. Yo encajaba con ellos: vestía la ropa vieja de padre, llevaba el pelo mocho y mal cortado, manejaba mejor que nadie el tirachinas y cuando había que proteger el territorio de los de Heredad, era la primera en la línea de fuego. Sin embargo, nunca entendería esa

manía de los varones por lanzarse puñetazos para expresar camaradería. No sabía qué se sentía al tener una amiga; la mayoría de las niñas de mi edad, además de evitarme —o precisamente por ello—, me parecían cursis y remilgadas. Y aun así... me habría gustado compartir un código secreto con una compañera, como hacían Tente y Andrés con sus empujones.

—Nana, estoy cansado...

La voz de Pepe me sacó de mis pensamientos.

—¿Tienes sueño?

Movió la cabeza arriba y abajo mientras se frotaba los ojos con la mano libre.

—¿Quieres que sea tu Perlita? —pregunté al tiempo que me agachaba.

La cara se le iluminó, como siempre que yo accedía a hacer de mula. Se subió a mi espalda de un salto y reposó la cabeza sobre mi hombro. No tardé mucho en notar el ritmo pausado de su respiración. Avanzamos rápido y sigilosos por las callejas vacías. Entonces nos detuvimos en seco. Unas voces rompieron el silencio mientras corríamos pegados a un muro bajo de adobe.

—Eusebio, por el amor de Dios, deja que te ayude...

En aquel ruego reconocí a Mundo, uno de los carboneros de la cooperativa. Pero no fue su voz la que me hizo asomar la cabeza sobre la tapia, sino que pronunciara el nombre de mi padre. Hacía seis días que no lo veíamos. Era habitual que se esfumara y no volviera hasta pasadas una o dos noches, pero un par de veces al año, desaparecía una semana sin que nadie supiera qué hacía o adónde iba. Yo me refería a tales ausencias como «la gran espantada». Una solía producirse en otoño, en vísperas del cumpleaños de Pepe, la otra era impredecible. Pocas veces había una tercera, pero con padre no se sabía nunca. Al regresar de una de sus ausencias prolongadas, llevaba el remordimiento escrito en los ojos, y durante unos días, trataba de resarcirse:

llenaba la despensa o arreglaba algo en la casa. Luego volvía a convertirse en un espectro.

En esta ocasión, padre se tambaleaba. Su renqueante cojera se veía acentuada por la incapacidad de caminar en línea recta. El bamboleo y su delgadez extrema lo hacían parecer un trapo castigado por el viento. Sentí lástima por él. Mundo lo seguía con gesto preocupado, intentando que le echara el brazo sobre los hombros, pero él lo rechazaba. Unos segundos después, un aullido de dolor me hizo dar un respingo. Padre se había caído de bruces. Asustada, con Pepe colgando de mi cuello, hice el amago de salir de nuestro escondite tras la tapia. Un tirón en el brazo me obligó a ocultarme de nuevo. Era Andrés.

—Tranquila, yo me encargo.

Sus ojos adquirieron la seriedad de un adulto.

—Llévalo a casa —dijo señalando a Pepe con la barbilla. Luego, me apretó el hombro—. Mejor que no os pillen aquí. Y tú, carapán, ayúdala con el chiquillo, así iréis más deprisa —ordenó a Tente.

Entregué el cálido cuerpo de Pepe a la protección del grandullón. No se echó al niño a la espalda, como tenía que hacer yo, sino que lo acunó entre sus brazos. Cuando quería, Tente era tan tierno como las hogazas que salían del horno de su padre. Lo sorprendió mi mirada agradecida y se sonrojó.

—¿Qué pasa? Solo lo hago para que no se despierte llorando y nos pillen. No tengo ganas de que mi madre vuelva a zurrarme...

La excusa se perdió ante los aspavientos de Mundo, que acababa de descubrir a Andrés.

—¿Pero tú qué haces aquí, sinvergüenza? Anda, anda, ya que has aparecido ayúdame a levantar al Eusebio, que pesa como un muerto. Contenta se va a poner mi señora cuando me vea aparecer a estas horas y, encima, si me ve cargando con el infeliz este...

—¿No lo llevamos a su casa? —preguntó Andrés.

—Mejor no. Acaba de mearse en los pantalones y yo vivo aquí al lao.

Entre los dos consiguieron cargar con padre. Escondidos, esperamos pacientemente hasta que Andrés levantó la cabeza y guiñó un ojo. Era el momento de poner pies en polvorosa.

Rebasamos sin problema la escuela y el frontón hasta el sendero que llevaba directo hacia mi casa. El camino de la Mata se alejaba del pueblo y sus edificios, y no ofrecía más escondite que el de los campos de trigo que lo flanqueaban y que, en aquella época del año, tenían altura suficiente para ocultarnos en caso de ser sorprendidos. Tras lo que me pareció una eternidad, divisé el perfil de la casa en la penumbra. La silueta se recortaba contra la densa oscuridad del robledal que había unos trescientos metros detrás.

Llegamos a la entrada sin resuello. Intenté coger a mi hermano, pero Tente lo impidió. Retiré el tablón que servía de pestillo; nadie se había molestado en instalar una cerradura mejor, eran pocos los que osaban aparecer por el chamizo del Huraño y nada de valor podía encontrarse dentro. Los insultos contra Pepe, que tanto me habían enfadado antes, se esfumaron cuando observé a mi amigo depositarlo con suavidad sobre la cama y arroparlo bien. Nos quedamos en silencio, rodeados de oscuridad. Vislumbré cómo se rascaba la nuca; después, cerró la puerta y esperó a que yo cogiera el candil que estaba sobre el aparador.

La llama devolvió la imagen de unos muros en los que la piedra asomaba tras los desconchones. El revoco de la pared tenía un color indeterminado entre la suciedad y el abandono. No había más adornos que la foto que colgaba de un clavo oxidado y una taza desportillada sobre la mesa, que usaba para colocar las flores silvestres que encontraba en el bosque, en un intento vano por distraer la fealdad y las grietas que abrazaban la casa. En un extremo, dentro del hogar, unos rescoldos agonizantes intenta-

ban calentar la olla apoyada en la trébede. Al lado, unos maltratados cacharros de barro se apilaban sobre una balda torcida. Bajo ellos, esperaba la tina de cinc que hacía las veces de pila y, en contadas ocasiones, de bañera. A la izquierda de la precaria alacena, los goznes de la puerta que daba al corral se esforzaban por seguir resistiendo el peso de la madera.

Al otro lado de la habitación, dos puertas rompían el muro. Entre ellas, se alzaba el aparador de mi abuela. El espejo reflejaba una neblina grisácea, como si la falta de uso hubiera hecho languidecer el azogue. En una de las alcobas, Pepe dormía plácidamente; la otra, en cambio, pocas veces se utilizaba. Padre no soportaba dormir en la misma cama que había compartido con su mujer. En verano, se instalaba en un jergón que colocaba bajo la ventana y sobre el que, en ese momento, yacía arrugada una manta vieja. En invierno éramos Pepe y yo quienes lo ocupábamos. Lo colocábamos junto a la lumbre para dormir calentitos, mientras que padre dormía en nuestra cama. Además de la mesa y el aparador, los únicos muebles que había eran una silla, una mecedora y el baúl de bodas de mi madre.

—Solo tenéis una silla... —apuntó Tente.

Su comentario consiguió avergonzarme.

—El resto las tuve que quemar el invierno pasado, antes de que el padre de Andrés nos diera leña y carbón a cambio de la Perlita —expliqué.

Nuestra mula, aunque vieja, fue un animal bonito. Recordé su lomo dorado, de un tono muy parecido al de los trigos, y los dos círculos oscuros alrededor de sus ojos tiernos. Con madre era muy dócil, pero cuando Alicio nos la compró, se resistió ferozmente a sus tirones. Le costó una barbaridad llevársela. El padre de Andrés nos dio por ella varias partidas de leña y más kilos de carbón de los que valía; la pobre no llegó a ver el final de aquel invierno.

—¿Y cómo os arregláis a la hora de comer? —quiso saber Tente.

Me encogí de hombros.

—La mayoría de las veces, padre come allí sentao...

Señalé la mecedora.

—Siempre está ahí... Nos basta con una silla. Primero come Pepe, y cuando ha terminao, yo.

—Mi madre dice que en una buena familia cristiana todos deben comer juntos en la mesa. Se pone como una loca si mis hermanas o yo nos retrasamos.

El fuego se adueñó de mis mejillas y apreté los puños con fuerza. Maldito Tente... De sobra sabía que nosotros no éramos una buena familia cristiana y que, por mucho que el cura nos señalase, padre no tenía intención de cambiar. La última vez que yo pisé una iglesia fue acompañada de Trinidad, tras la muerte de madre. Volví a ver a la Trini parada en el umbral de la puerta, poco tiempo después, con cara de preocupación. Aquel día, yo estaba en el cuarto arrullando a Pepe. Me había asomado a la rendija de la puerta para escuchar la conversación de los adultos.

—Eusebio, tienes que entrar en razón y bautizar al niño. La criatura tiene unas semanas y todavía no le has puesto nombre... Si tú no quieres hacerlo, deja al menos que lo lleve yo a la iglesia.

—Puedes quedarte con él, si tanto te preocupa.

—Sabes que no puedo —respondió Trini con pesar—. Bastante carga tenemos con el Joaquín...

—Pues déjalo en el bosque. Una boca menos que alimentar.

Estreché a Pepe con fuerza.

—No hables así de tu hijo —lo reprendió Trinidad—. Al traer una vida al mundo, las mujeres nos arriesgamos a perder la nuestra. Paloma lo sabía, y tú también. Así ha sido siempre, es un sacrificio que asumimos. Qué culpa tendrá el inocente... Tu deber es mantenerlo, es lo que ella hubiera querido.

Tras la mención a madre, él no se atrevió a contradecir a Trinidad. Al final fue ella la que eligió el nombre. «Lo llamaremos José», me dijo poco antes de entrar en la iglesia. Cuando me preguntó si me gustaba y le respondí que sí, se puso muy contenta. Me contó que así se llamaba un hermano suyo al que quería mucho y que se había ido a la Argentina. «Le va muy bien. Igual es un nombre que trae suerte...».

—En el fondo es mejor... —pensando en mi hermano me había olvidado de Tente y lo miré sin comprender— que solo tengáis una silla. Menos que limpiar. Es lo que diría mi madre, que se pasa el día limpiando, la muy pesá.

La presión de los puños aflojó y mi cuerpo recuperó su temperatura normal. Volvimos a quedarnos en silencio. No sabía muy bien cómo actuar, era la primera vez que un amigo entraba en casa. Aparte de Alicio, nadie era bienvenido; incluso Trinidad y Satur tenían buen cuidado de dejar las viandas en la puerta trasera, la que daba al corral. Intenté recordar cómo actuaba madre cuando, en otra vida, alguien venía de visita.

—Siéntate, Tente —dije con un tono pomposo mientras le arrimaba nuestra única silla—. ¿Quieres algo de comer o de beber?

Me arrepentí de inmediato, lo único que podía ofrecerle era queso rancio y las sobras de una sopa hecha con las carcasas de tres pajarillos que había cazado el día anterior.

—No, estoy bien, gracias.

Mentiroso, pensé para mis adentros; Tente siempre tenía hambre. Sin embargo, se lo agradecí.

—Me tengo que marchar —se despidió entonces—. No quiero que se despierte mi hermana y se chive de que me he colado por la ventana.

Lo acompañé hasta la entrada alumbrando con el candil. Ya había dado unos pasos cuando le grité.

—¡Tente!

Se detuvo en seco.

—¿Qué?

—Gracias. —No respondió—. ¿Nos vemos mañana?

—¡A la misma hora y en el mismo sitio! —gritó a lo lejos.

Me quedé quieta hasta que se perdió por el camino. El silencio era profundo. La noche había avanzado hasta alcanzar las primeras horas de la madrugada, pero la excitación de la carrera y el miedo a ser descubiertos habían alejado el sueño. Cuando volví a entrar en casa recordé que, junto al hogar, en un cesto de esparto hecho por madre, estaban los restos de juncos y flores secas con las que me distraía tejiendo «coronas de hada», como las llamaba Joaquín. Pero no había luz suficiente para trenzar.

Escruté los rincones buscando algo que hacer. Sin la mirada ceñuda de padre pegada a la espalda, una ligereza que pocas veces experimentaba en casa empezó a hormiguear por mis piernas. El calambre de rebeldía me empujó a correr hasta la trampilla, oculta bajo el jergón. Lo aparté y salté al hueco. En el desolador vacío que llamábamos despensa no fue difícil localizar la botella de vino que había ido a buscar. Estaba junto al queso rancio que poco antes pensé en ofrecerle a Tente. Aquel espacio lo utilizábamos sobre todo para conservar las pieles de los conejos y las pequeñas alimañas que luego le vendíamos al Gallego.

Arranqué el corcho de un mordisco. A pesar del olor ácido y desagradable, incliné la cabeza hacia atrás para que el alcohol me resbalara por la garganta. Mi primer trago de vino no resultó como esperaba y no pude reprimir la arcada. Devolví la botella a su sitio preguntándome qué tendría ese líquido repugnante para que los hombres enloquecieran por él.

Zascandileé buscando algo con lo que entretenerme. Me acerqué al aparador, sobre el que reposaba el reloj de bolsillo de mi abuelo. Lo estudié a la luz del candil. El barco de tres velas

grabado en la tapa siempre despertaba mi imaginación. Evoqué al abuelo Fernando, subido en una nave igual a la de su reloj, rumbo a Cuba, donde consiguió aquel tesoro en una partida de cartas, según contaba. A padre le gustaba sostenerlo entre las manos y acariciar la superficie, como si la suavidad del acero compensase la miseria que nos rodeaba. Lo dejé con cuidado sobre la madera.

Aburrida, comencé a caminar de un lado a otro. Las zancadas fueron creciendo hasta que terminé recreándome con cada pisotón, con cada sonido que arrancaban mis pies. Padre siempre nos reprendía si hacíamos crujir la madera; le molestaba. Patada a patada, mi sonrisa se iba ensanchando, hasta que no pude contener una carcajada de placer. Giré sobre mí misma varias veces hasta aterrizar en la mecedora. Empecé a columpiarme. Primero despacito, luego, con más fuerza. Un poco más deprisa... De pronto, estaba en plena carrera. La mecedora se había convertido en la grupa de un caballo y mi cuerpo se movía frenético al ritmo de su galope. ¡Más rápido! ¡Más rápido!, azucé a mi montura. Justo cuando el rival invisible iba a darme caza, conseguí que Rayo —así bauticé a mi caballo en aquella aventura— hiciera un último esfuerzo. ¡Hemos ganado!, gritaba. El último bamboleo me dio fuerza no solo para sacar un cuerpo de ventaja a mi oponente, sino para salir disparada y caer de rodillas al otro lado de la habitación, muerta de risa.

El golpe me hizo temer por Pepe. ¿Lo había despertado? Agucé el oído. Nada. Seguía dormido. Había sido una gran carrera... La próxima vez la haré con él, pensé. La excitación fue cediendo poco a poco. Entonces me di cuenta de hasta dónde me había llevado el último impulso. Estaba frente al baúl de madre. Padre nos tenía prohibido abrirlo. Por supuesto, tenía que hacerlo.

Lo primero que encontré fueron algunas cartas. Reconocí la firma tosca de padre en los papeles. Tal vez fueran las que había

enviado durante la guerra y que le dictaba a un compañero. No estaba segura, no sabía leer. Al morir madre, nadie consideró necesario que siguiera yendo a la escuela: alguien tenía que hacerse cargo de Pepe y de la casa. También encontré unas sábanas de hilo bordadas. Me miré las manos y las restregué contra la lona del pantalón para no mancharlas. Seguí rebuscando. En el fondo del baúl reposaban unos zapatos de tacón y el vestido que madre se ponía los días de fiesta, de color aceituna con pequeños lunares blancos. Intenté caminar con los zapatos. Parecía un torpe patito. En cuanto al vestido, era demasiado bonito y sagrado para mí. Lo acaricié con cuidado. Apreté la tela contra mi pecho y enterré la nariz en los pliegues. Aunque era imposible, me pareció que aún conservaba su olor, el fresco aroma del jabón y la lavanda.

Sin soltar el vestido volví a sentarme en la mecedora para encontrarme con la mirada congelada de madre. Tras el cristal, sus ojos me hicieron recordar lo diferentes que eran las cosas cuando ella estaba con nosotros. El chamizo era un hogar. Las paredes eran más blancas, los rincones menos tristes y oscuros. Los ventanucos eran los mismos, pero había mucha más luz. El corral era un bullicio: conejos, gallinas y un par de cabras llenaban los silencios y se sumaban a las risas de madre y a mis juegos. Teníamos visillos amarillos y en primavera había macetas de geranios reventones, cuyos esquejes sacaba Trini de tapadillo de casa de los Amparo. A madre le gustaban mucho las flores, fue ella quien me enseñó a hacer coronas. También le gustaba cantar. La cadencia y el volumen de sus coplas dependían de su humor. Cuando estaba alegre, su voz era un estallido de vida que podían oír hasta los segadores. Si estaba de ánimo sombrío, las coplillas se convertían en un susurro que arrastraba pensativa mientras barría, fregaba o cosía. Aunque en aquellos años era más pequeña que Pepe, todavía recordaba el periodo más largo

de canciones susurradas; coincidió con la marcha de padre y de muchos de los hombres al frente. Pero como decían los del pueblo, madre volvió a hacerle la competencia a Imperio Argentina cuando su hombre regresó, aunque fuera con un balazo en la cadera y la guerra no hubiera terminado.

Una tristeza honda comenzó a oprimirme el pecho. Ya no tenía ganas de jugar. Doblé el vestido para devolverlo con cuidado al baúl, junto con el resto de los tesoros prohibidos. Cerré la despensa, la oculté bajo el jergón y devolví la mecedora a su sitio, frente a la foto de madre que mi padre veneraba como si fuera la estampa de una Virgen. Tras apagar el candil, fui en busca del abrazo cálido de Pepe.

Mi hermano seguía en la misma postura en la que Tente lo había dejado. Pasé la mano por su pelo suave preguntándome si, de haber estado allí, madre hubiera hecho lo mismo. Me dormí con la certeza clavada en el esternón de que sí, madre también habría acariciado con ternura la cabeza del hijo que no llegó a conocer.